

la grandeza nacional. La de Castilla creó estos medios; halló las facultades de sus pueblos sumidas en mortal letargo, y les infundió el aliento de vida para hacerles acometer aquellas empresas grandes y heroicas que terminaron con las consecuencias mas gloriosas para la monarquía. Cuando los grandes hechos de su reinado se ven desde el punto de vista de la posición que ocupaba Isabel en sus principios, son tales, que aparecen poco menos que milagrosos. También se debe tener presente que el genio varonil de la reina inglesa resalta mas de lo que naturalmente era, por lo mismo que estaba tan desprovista de las cualidades dulces de su sexo; al paso que el de su rival, á manera de una fábrica grande, pero bien proporcionada, pierde en apariencia algo de su verdadera grandeza por la misma armonía de sus partes.

Las circunstancias de la muerte de una y otra, que fueron algun tanto iguales, presentaron la gran diferencia de sus caracteres. Las dos sucumbieron en medio de su régio estado, bajo el peso de un abatimiento incurable, mas bien que á la fuerza de ninguna enfermedad física conocida. En Isabel de Inglaterra procedía este de su vanidad, herida del convencimiento profundo de que la habia abandonado la admiración con que por tanto tiempo se alimentara, y aun el afecto de la amistad y la adhesión de sus súbditos; y no buscó el consuelo donde únicamente podia encontrarlo en aquella triste hora. Isabel de Castilla, por el contrario, desfalleció bajo el dolor de su tierna sensibilidad por los padecimientos de los demas; y en medio de la tristeza que la agobiaba, volvía los ojos con la confianza de la fe al brillante porvenir de otra vida mejor, y exhaló el último suspiro en medio de las lágrimas y lamentos universales de sus pueblos.

En esta adhesión, siempre viva y nunca disimulada de sus súbditos, es en lo que vemos la prueba mas inequívoca de las virtudes de Isabel. Si solo atendiéramos á los tiempos sucesivos, en que algunas de sus medidas mas desacertadas han hallado favor en España y se han perpetuado, mientras que las mas ventajosas han sido olvidadas, podríamos juzgar equivocadamente acerca de su verdadero mérito. Para formarnos exacta idea, debemos atender al testimonio de sus contemporáneos, testigos oculares de la situación en que halló el Estado y en que le dejó; y no encontraremos sino una sola opinión acerca de ella, así en los naturales como en los extranjeros. En efecto, los escritores franceses y los italianos concurren unánimes á celebrar las glorias de su reinado y su magnanimidad, su sabiduría y la pureza de su carácter: sus súbditos la ensalzan, "como el ejemplo mas brillante de todas las virtudes, y lloran el día de su muerte, como el último de la prosperidad y felicidad de su patria;" los que estuvieron cerca de su persona, no cesan de manifestar su admiración por aquellas amables cualidades, cuyo poder no se revela completamente mas que á los que están en la franca intimidad de la vida privada. El juicio de la posteridad ha venido á ratificar el de los contemporáneos, porque los españoles mas ilustrados de nuestros tiempos, aunque no se les oculten los errores del gobierno de Isabel, y sean mas capaces de apreciar su mérito que los de otras épocas menos cultas, dan honroso testimonio de sus virtudes; y al paso que olvidan la elogiada grandeza de otros reyes posteriores, en que suele fijarse la atención vulgar, hablan siempre con entusiasmo del carácter de Isabel, considerándole como mas grande que el de todos los otros reyes de su patria."

(PRESCOTT. *Hist. de los R. C.*)

## LIBRO QUINTO.

### INTRODUCCION.

(1) لا تكتبون فإلله كقول  
(Sentencia árabe.)

¡Escrito estaba así! Dios en su mano  
Tiene los corazones de los reyes,  
Y sus profundos cálculos políticos  
La voluntad de Dios acota siempre.  
Esa nación, que poderosa nace  
De las ruinas de aquella que perece,  
Al mandato de Dios brota y se encumbra  
Y en alas solo de su aliento viene.  
Los pueblos y las razas se renuevan,  
Devorando el que nace el que fenece,  
Como en la inundación bajo las aguas  
Se renueva el país que se sumerge.  
La gloria y el poder de las naciones  
Nace, se eleva y cae, cual se suceden  
Las semillas y frutos de la tierra,  
Hijas de la estación que les da germen.  
El invierno corona las montañas  
Con blancas tocas de apretada nieve,  
Y el aire de sus copos infecundos  
La lluvia estrahe para regar las mieses.  
Cuna y sepulcro al par de cuanto en ella  
Vegeta y se consume, nace y muere,  
Fúnebre ¡adios! ó alegre bienvenida  
Da la tierra á quien parte y á quien viene;  
Y lo mismo que el manto se descíñe  
De vida y flores en que Abril la envuelve,  
Se despoja insensible de sus pueblos,  
Y sus razas olvida indiferente.  
Así han nacido y perecido todos  
Bajo esta ley universal, y quieren  
Explicar los políticos en vano  
Los misterios del tiempo y de la muerte.  
Mane, Tézél, Farés, escribió el dedo  
De Dios de su palacio en las paredes,  
Y se hundió Baltasar y Babilonia:  
Y así se hunden los pueblos y los reyes.

En vano achaca el sabio á su política  
El viento que á su ruina les impele:  
Al pueblo que á su fin mísero toca  
Su propio peso hácia su fin le vence:  
Y el rey que nace de su raza el último,  
Por mucho que afanoso se desvele  
Por la preza y la gloria de sus pueblos,  
Al fin sus pueblos y su gloria pierde.  
Nínive así, Jerusalem y Roma  
Fueron: y así las razas del oriente  
Que encantaron los valles de Granada  
Fueron: sombra de sauce, inquieta y breve,  
Aroma de jazmin que dura un día,  
Humo de mirra que borró el ambiente,  
Nube formada del vapor del alba  
Que á los rayos del sol se desvanece.  
Tal fué Granada: y al dejar sus muros,  
Filósofa ó fanática su gente  
"¡Escrito estaba así! dijo partiendo,  
¡Alahú-akbar! ¡Dios grande, tú lo quieres!"  
Y yo, que al relatar su última historia,  
En empolvados libros y papeles  
Roidos por el tiempo, voy sus hechos  
Al olvido robando, siento á veces  
Preñármese los párpados de lágrimas,  
Viendo la abnegación de aquellos seres  
Que al Africa partieron resignados,  
Mas que á su patria á su creencia fieles;  
Y cuando leo los cristianos libros  
Que les tratan de bárbaros y alevos,  
Digo en mi corazón: "Escrito estaba:  
¡Alahú-akbar! ¡Dios grande, tú lo quieres!"  
Mas volviendo á tomar mi torpe pluma,  
Y tornando á elevar mi canto débil,  
Torno al relato de su antigua historia  
Y vuelvo de Granada á los vergeles.

(1) No te desconsueles: lo que está determinado por Dios tiene que suceder.

## NARRACION.

## I.

Mas allá de la selva de avellanos,  
A cuya sombra misteriosa mana  
Murmuradora fuente, cuya historia  
Cuento parece de orientales hadas:  
Mas allá de los cármes que alegran  
De los cerros del sol la verde falda,  
Y mas allá de las rojizas lomas  
Que á Darro obligan á torcer sus aguas,  
Hay un tajo que forman dos colinas  
Donde la arcilla estéril, de las plantas  
Secando las semillas, el arraigo  
De yerbas, flores y árboles rechaza.  
De este tajo en la cóncava hendidura,  
Del moro y del cristiano abandonada  
Y objeto de pavor para ambos pueblos,  
Hay una vieja torre solitaria.  
Fábrica, segun unos, de un mal genio  
Que, teniendo en las nubes su morada,  
Robó audaz una hurí del paraíso  
Y al mundo la bajó sobre sus alas,  
Encerrándola luego en esta torre  
Que fabricó con piedras encantadas.  
Obra de un parricida, segun otros,  
De quien no quiso Satanás el alma,  
Y la enterró con el nefando cuerpo  
Debajo de la arcilla emponzoñada,  
Vuelta despues en fuente pantanosa,  
Túrbida, insalubre, fétida y amarga.  
Mas cualquiera que fuere el misterioso  
Orígen ignorado de su fábrica  
Que en los siglos se pierde, es esta torre  
Objeto del terror de la comarca.  
Al amor de la lumbre los ancianos,  
De las noches de invierno en las veladas,  
A sus vecinos y parientes de ella  
Mil leyendas quiméricas relatan.  
Ni pastor llevó nunca su ganado  
Por aquellos contornos, ni serrana  
Por recia tempestad sobrecogida  
Se abrigó de sus bóvedas rajadas.  
Ni nunca las doncellas campesinas  
Se casaron con hombre que pasara  
En la luna anterior al matrimonio  
Por bajo de esta torre condenada.  
Ni cazador alguno su ballesta  
Disparó sobre el ave ó la alimaña  
Que se acogió á las grietas de sus muros,  
O en su cresta posó desalmenada.  
El padre al revoltoso rapazuelo  
Con la torre fatídica amenaza,  
Y el muchacho, medroso, se guarece  
Bajo el regazo maternal y calla.  
Dicen que en las tinieblas de la noche  
En torno de ella apariciones vagas

Se perciben tal vez, y se iluminan  
Los huecos de sus lóbregas ventanas;  
Dicen que un moro, ó alquimista ó santo,  
De triste voz y venerable barba  
La torre habita, y que curó con filtros  
A una pobre mujer endemoniada;  
Y cuentan, aunque nadie le designa,  
Que un mancebo del pueblo, que idolatra  
A una infanta real, clavó una noche,  
Caprichos por cumplir de la que ama,  
En el viejo postigo de la torre  
El velo de la hermosa con su daga:  
Y la hermosa á otro día halló clavados  
El velo y el puñal en su ventana.  
Un mercader del Zacatin, muy rico,  
Muy limosnero y de costumbres santas,  
Consultó escrupuloso con un sábio  
Santon el fundamento de estas fábulas;  
Y el sábio Aly-Mazer, que penitente  
En los montes habita una cabaña  
Que nadie vió, y á quien el vulgo dice  
Que cuida allí de alimentar un águila,  
Su plática al oír sobre la torre  
Dijo con vista torva y voz airada:  
"Ay del que pise de su umbral la piedra!  
Allí afila la muerte su guadaña."  
Y esto el sábio santón diciendo á voces  
Al mercader, atravesó la plaza,  
Dejándole aterrado y circuido  
De inmensa multitud estupefacta.  
Dícese, sin embargo, aunque se dice  
Entre amigos no mas y en voz muy baja,  
Que algunos han llegado hasta esta torre  
De consejos ó filtros en demanda,  
Y que el viejo dervich que habita en ella  
Satisfizo sus dudas ó sus ansias:  
Y aun dicen que debajo de las piedras  
De aquella torre vacilante se hallan  
Camarines suntuosos, alumbrados  
Con candelabros de coral y de ámbar,  
Y una fuente que aduerme los sentidos  
Al dulce son de sus bullentes aguas.  
Dios sabe la verdad; el vulgo siempre  
Da formas temerosas y fantásticas  
A lo que no comprende, y esta torre  
Le es en sus sueños pesadilla ingrata.

Era la última tarde de Febrero:  
Ya el crepúsculo en sombra se cerraba,  
De los vientos de Marzo comenzando  
A zumbir en los árboles de ráfagas.  
Ya recogido el labrador su yunta  
Cansado habia y el pastor sus cabras,  
Y el humo de las chozas y alquerías  
A su frugal banquete le llamaba.  
Se hundian en sus cuevas los reptiles  
Y acudian las aves á las ramas,  
Llamando á la vecina primavera  
Que mas de lo que anhelan se retarda.  
La tierra, en fin, en brazos de la noche,  
Yerta en silencio y soledad quedaba,

Y al lejos la ciudad se distinguía  
Solo ya por la luz de sus ventanas.  
Era una noche fría y tenebrosa:  
Crecia el viento y, de la luna falta,  
La bóveda del cielo parecía  
Con fúnebres crespones enlutada.  
Era una de esas noches en las cuales  
La voz del miedo al corazón nos habla,  
Y de infantil superstición al soplo  
Quimeras mil en nuestra mente se alzan.  
Noche agradable para oír historias  
Junto á la lumbre del hogar contadas,  
O para hacer castillos en el aire  
Bajo el triple doblez de espesa manta.  
Mas no siempre á su antojo goza el hombre  
Plácida ocupación, cómoda estancia,  
Y alguno hay siempre que afanoso vela  
Mientras el mundo universal descansa.  
He aquí por qué del arcilloso tajo  
Donde la antigua torre está fundada,  
A pesar de la noche pavorosa,  
La soledad un hombre atravesaba.  
No se alcanzaba ver en las tinieblas  
Ni aun el contorno de su forma humana,  
Mas se oía su aliento fatigoso  
Y el compás desigual de sus pisadas.  
Sonoro el roseton de sus espuelas  
Tal vez por caballero le acusaba,  
Y por hombre de guerra el son metálico  
Con que bajo el cañon crujen sus armas.  
Llegó á la cima del repecho, donde  
La puerta da del torreón: ahogada  
Tos de cansancio le saltó del pecho,  
Mas sofocó su ruido en la garganta.  
Breve silencio luego, hondo, absoluto,  
Indicó que dudoso vacilaba,  
Y que tal vez en el momento crítico  
Le abandonaba el corazón su audacia.  
Con larga aspiración tomar aliento  
Oyósele despues, y de la daga  
Con el pomo dos golpes dió en la puerta,  
Secos, iguales, firmes: no temblaba.  
El corazón que daba á aquella mano  
Tan sereno vigor latía en calma,  
Y el hombre que llamaba á aquella torre  
Resuelto en ella á penetrar llegaba.  
Si á su secreto huésped conocía,  
Su relación con él era harto franca;  
Si la creía habitación de espíritus,  
Con temeraria fé les provocaba.  
El doble son de su doblado golpe  
Los ecos de la torre abandonada  
Cóncafos repitieron, hasta ahogarles  
En la desierta cavidad lejana,  
Y un momento despues otra voz ronca  
Tras de la puerta preguntó "¿Quién llama?"  
—Un hombre solo," respondió el de fuera.

EL DE DENTRO.

¿Qué quiere?

EL DE FUERA.

Quiere hacer una demanda  
Al espíritu sabio que aquí mora.

DENTRO.  
¿Su ciencia sin saber de quien dimana?  
FUERA.  
Del cielo ó del infierno: importa poco:  
Con que me sepa responder me basta.

DENTRO.  
¿Resuelto traes el corazón?  
FUERA.  
A todo.

DENTRO.  
¿Tienes bien la pregunta meditada?  
FUERA.  
Sí.

DENTRO.  
¿Sabes que la ciencia nunca miente,  
Y que desnuda la verdad espanta?  
FUERA.

Favorable ó fatal, saberla quiero;  
Pon precio á tu respuesta, pero dámela.  
DENTRO.

La ciencia no se vende: y quien el cáliz  
Osa purgar de la verdad amarga,  
En el veneno que al saberla bebe  
La compra por su mal bastante cara.  
Entra.—Abrióse la puerta: pasó el hombre,  
Y fué todo silencio, sombra, nada.

## II.

En medio de un morisco gabinete  
Que, á juzgar por su bóveda cerrada,  
Pertenece sin duda á alguna obra  
Desconocida, oculta y subterránea,  
Al suave resplandor con que la alumbran  
De pulido alabastro cinco lámparas,  
Hay una fuentejilla que se vierte  
De mármol trasparente en una taza.  
El desborde del líquido impidiendo,  
Un sumidero que su fondo horada  
Le conserva en nivel constante siempre,  
La que sume igualando á la que mana.  
Su ancho tazón que sobresale apenas  
Del pavimento, á la arabesca usanza,  
Cercado está de blandos almohadones  
Y tupidas alfombras toledanas;  
Mas parece que solo se destinan  
Por el rico señor de aquella estancia  
A que gocen sus huéspedes la vista  
Y el grato son de la corriente mansa:  
Y la luz de las lámparas, que recta  
En su cristal á reflejarse baja,  
Para alumbrar también parece solo  
La trasparente linfa preparada.  
Radia empero esta luz por todas partes  
En rededor de la ostentosa cámara  
Sobre mil preciosísimos objetos,  
Que la opulencia del señor delatan.  
Ricos jarrones del Japon que ostentan  
Indicas flores que en su seno arraigan,  
Plumas costosas de chineco origen,  
Y talismanes y amuletos y armas

Por su rara virtud ó precio enorme  
De enriquecer capaces á un monarca,  
Decoran el fantástico aposento  
Que aroma un ancho perfumero de ámbar.  
Esquisitos damascos, cairelados  
Con anchos flecos y tejidas randas,  
Cubren los muros cuyo friso adornan  
Minuciosas labores africanas;  
Y del techo estaláctico, de cedro  
Y olorosas maderas cinceladas,  
Los huecos casetones laberínticos  
Miniaturas espléndidas esmaltan.  
El murmullo continuo de la fuente,  
La suave luz en ella reflejada,  
Y el aroma oriental del perfumero  
Que armoniza, ilumina y embalsama  
El aire de este asilo misterioso,  
Embebecen el ánimo y embargan  
Los sentidos y el alma á las delicias  
De beáticos éxtasis preparan.  
Al respirar su atmósfera vivifica  
La cavidad del pecho se dilata  
Con placer inefable; y, cual si en ella  
Un bálsamo vital se inoculara,  
Corre la sangre renovada, al cuerpo  
Comunicando ligereza extraña,  
Como si el soplo de benigno Genio  
Su peso terrenal aligerara.  
Este deleite, empero, inesplicable,  
Este placer magnético que embriaga  
El ánimo y el cuerpo en este sitio,  
Tanta delicia infunde que aletarga.  
Aura parece del Edén, divina  
Fruición de la gloria que, arrastrada  
A la tierra de impuro sortilegio  
Por la virtud, deleita pero daña.  
Mansion es esta singular: acaso  
En ella con sacrílega amalgama  
El ambiente vital del paraíso  
Y el aliento satánico se hermanan.  
Mansion que está sujeta á algun encanto,  
O por algun espíritu habitada,  
O por un sábio mago está dispuesta  
Para abusar de la razon humana.  
Fantástica mansion, cuyo recinto  
Se encierra oculto en la maciza fábrica  
De los hondos cimientos que mantienen  
La torre secular que al vulgo espanta.

Como vision que se aparece muda  
A la voz del conjuro que la evoca,  
Como la mancha que proyecta móvil  
La nube que ante el sol cruza la atmósfera,  
Así apartado de la crugiente seda  
Que el subterráneo camarín decora,  
En su oriental recinto penetraron  
En sombrío silencio dos personas.  
Hombres las dos; el uno, revestido  
De luengas, anchas y talaras ropas,  
Bajo el morisco capuchon plegado  
La edad oculta y el semblante emboza.

Debajo el otro de caftan turquesco  
Rica armadura y cimitarra corva  
Deja admirar: mas el cerrado almete  
Su faz resguarda de atencion curiosa.  
Ser el primero en su ademan revela  
De esta mansion el dueño: indagadora  
Inquietud, mas no miedo, del segundo  
Muestra la continencia cautelosa.  
Busca el primero entre los mil objetos  
Que allí se ven, de aplicacion incógnita,  
Algo que necesita, y el segundo  
Sagaz espia sus acciones todas.  
Un talisman y un libro, cuyos usos  
Solo tal vez su poseedor no ignora,  
Tomó por fin el sábio y puso el libro  
En un atril de laboreada concha.  
Era el libro un volúmen con respecto  
Guardado en un cajon de palo rosa,  
Y el talisman representaba un áspid (1),  
El cuerpo de oro y de coral la cola.  
De un candelero de oro salomónico  
encendió luego la bujía roja  
El silencioso encapuchado, y dijo  
Volviéndose al guerrero: "Ya está pronta  
El ara de la ciencia y arde en ella  
La luz de la verdad. Ese áspid toma,  
Pregúntale; divide de ese libro  
Las páginas con él y, sobre la hoja  
Que abras, lee la respuesta á tu pregunta,  
Y... espera todavía: si te importa  
Tu secreto guardar, que por tu lengua  
Hable tu alma: la palabra sobra."  
Obedeció en silencio el caballero:  
Y dejando en un mueble sus manoplas,  
Con la desnuda mano asiendo el áspid  
Se aprestó á la tremenda ceremonia.  
Hizo en secreto su demanda, y luego  
Metiendo el talisman entre las hojas  
Del libro, en el atril por ambos lados  
Caer partidas al azar dejólas.  
A través de las barras del almete  
Tendió al escrito la mirada ansiosa:  
Leyó, y el estertor que hinchó su pecho  
Mostró de su alma la mortal congoja;  
Mas hombre á dominar acostumbrado  
Sin duda al corazon, una tras otra  
Leyó todas las líneas de la página,  
Su acíbar apurando gota á gota.  
Acabó de leer y cabizbajo  
Permaneció un momento: escrutadora  
Entretanto del sábio la mirada  
Sobre él en vano pertinaz se posa;  
Porque el tejido espeso de las barras  
De la celada penetrar le estorba  
Hasta su rostro que, indiscreto acaso,  
Revelara su idea mas recóndita.

(1) Un talisman ordinario es la figura ó imágen de un signo celeste hecha, impresa, grabada ó cincelada en una piedra fina, por un artífice cuya alma esté completamente embebida en su obra, sin ser distraída por pensamiento alguno, en el día y hora en que el planeta en él representado domina en el firmamento, y en un lugar afortunado y durante un tiempo claro y sereno, á fin de atraer sobre el talisman la benéfica influencia del astro dominador. Hay talismanes de mil especies: en el tomo 1.º de mi *Cuento de Cuentos* hallará el curioso mas detalladas noticias de ellos.

Alzó al fin el armado la cabeza,  
Con un suspiro desechando la honda  
Fatídica impresion del sortilegio:  
Rompiéndose el silencio en esta forma.

EL SABIO.

¿Has concluído?

EL CABALLERO.

Sí.

EL SABIO.

¿Qué trae el libro?

EL CABALLERO.

Una encantada y peregrina historia.

EL SABIO.

La tuya.

EL CABALLERO.

Puede ser: pero la escrita  
Tiene cierto sabor á fabulosa.

EL SABIO.

En vano quieres con fingida calma  
Ocultar á mis ojos tu zozobra!  
Yo sé que la verdad de tus palabras  
Está en tu corazon y no en tu boca.  
Yo sé que espanta el porvenir: que acíbar  
Guarda no mas de la verdad la copa,  
Y que, por mas sereno que la apures  
Te fermenta en el alma su ponzoña.

EL CABALLERO.

Un alma varonil con su destino  
Lucha: una fe tenaz todo lo arrostra.

EL SABIO.

La fe de quien á oráculos acude  
Solo es supersticion que la fe ahoga.  
Voy la historia á leer con que ese libro  
Respondió á tu demanda, y si aun dudosa  
Tu alma desea explicacion mas clara,  
Pídelo y la tendrás, palpable y pronta.

Dijo: y fijando su mirada el sábio  
Sobre el libro fatal, con pavorosa  
Voz empezó á leer: el caballero  
Prestando á su pesar atencion honda.  
"Un celestial espíritu encantado  
"Tiene al rey Alhamar: su augusta sombra  
"Sobre los leves rayos de la luna  
"Baja á la Alhambra en las nocturnas horas.  
"Mudo, invisible, su fantasma régio  
"Se mostrará una vez y una vez sola  
"Hablará: mas ¡ay triste del que entonces  
"Vea su faz y sus palabras oiga!  
"El será engendrador del rey postrero  
"Que en la Alhambra real ciña corona:  
"Y ¡ay de los de Nazar! ¡ay de Granada!  
"Con ese rey fenecerá su gloria."

Leyó el sábio: y quitándose del libro  
Dirigió así la voz conminadora  
Al caballero, que encerrado le oye  
Mudo é inmóvil en su armadura cóncava:  
"¡Ay de los de Nazar! ¡ay de Granada!  
"Su rey ha visto la tremenda sombra,  
"Y ¡ay de tí, rey Hasan! ¡ay de tu sangre  
"De raza tan fatal engendradora!"

A estas palabras el sombrío armado  
Dando un paso hácia el sábio con voz ronca

Pero resuelta, dijo levantando  
La celada que el rostro le encapota:  
"Yo soy Muley Hasan: tú lo dijiste:  
"Yo he visto esa fantasma aterradora,  
"Cuya verdad de confirmarme acaba  
"La virtud de tu ciencia misteriosa.  
"Yo soy Hasan: pero desde este punto  
"Para que tal cual soy me reconozcas,  
"Oye á tu vez la prediccion que te hago  
"En cambio de tu oráculo y tu historia.  
"Yo soy el rey Hasan: pero primero  
"Que mi raza consume tal deshonra,  
"Todos mis hijos, todos, uno á uno  
"Ahogará sin piedad mi mano propia.  
"Ya lo sabes: adios; y abre, pues creo  
"Que el aire de este cuarto me sofoca."  
Dijo Muley Hasan, y la salida  
Buscó bajo el tapiz, ébrio de cólera:  
Mas tomándole el sábio por la mano  
Le detuvo diciendo: Rey, tú ignoras  
Lo que el cielo te guarda, y es preciso  
Desvanecer tus esperanzas locas.  
Tu hijo Abú-Abdil...

MULEY HASAN (*interrumpiéndole*).

Preso en la Alhambra  
Yace, y cadáver le hallará la aurora.

EL SABIO.

Te engañas: en Guadix contra su padre  
Junta sus partidarios á estas horas.

MULEY HASAN.

Mientes!

EL SABIO.

¡Miseroy rey! tú ignoras solo  
La desventura inmensa que te agobia:  
Mas yo te haré agotar hasta las heces  
De la horrenda verdad la amarga copa.

MULEY HASAN.

Déjame: basta ya: sé lo bastante;  
Y siento que mi mente se trastorna,  
Y de alegría imbécil ó satánica  
Mi inmenso mal el corazon me colma.  
Déjame!

EL SABIO.

No, Muley: esa alegría  
Insensata la bebes en la atmósfera;  
Desde que en este camarín entraste  
En tí de un filtro la influencia obra (1):  
Y esa febril ecsaltacion que sientes  
Va á llevarte, en las alas vagarosas  
De una ilusion quimérica, á unos sitios  
Cuyos sucesos conocer te importa.  
—Déjame, exclamó Hasan como luchando  
Con alguna impresion vertiginosa.  
—Obedece, mortal, exclamó el sábio  
Con elevada voz dominadora.  
Magnetizado Hasan desde este punto,  
Obedeció á su voz como un autómeta:  
"Siéntate," dijo, y se sentó: "contempla

(1) FILTRO.—Droga ó brebaje compuesto de varios ingredientes, á los cuales los libros cabalísticos atribuyen ciertos poderes mágicos. Los hay para quitar el valor, para alucinar, para cambiar el carácter, y los mas usados para hacerse amar de la persona sobre la cual se ejerce su poder mágico.